



El hombre *que desafió a Babel*

René Centassi - Henri Masson

Esta biografía descubre al gran público la vida apasionada del padre del idioma esperanto al que Umberto Eco ha rendido homenaje en *La búsqueda de la lengua perfecta*.

Es el retrato de un humanista, médico, idealista, visionario, de un hombre que desafió a Babel en la Varsovia ocupada por los alemanes y que vivió en su propia carne el problema de la comunicación entre los pueblos. La obra aclara aspectos desconocidos de la historia, de la ideología y de la estructura del esperanto.

La lengua internacional nació del sueño juvenil de Luis Lázar Zamenhof de dar a todos los pueblos de la tierra un medio de comunicación.

Luis se sometió primero a la voluntad de su padre y se hizo médico, dejando sus primeros trabajos sobre lenguas planificadas para continuar sus estudios. Pero, más tarde, afrontando al mismo tiempo su trabajo como oftalmólogo, lucha contra la pobreza y la indiferencia, resistiéndose al escepticismo que se opone a todo invento humano.

Desde hace más de un siglo, innumerables esperantistas continúan la obra de Zamenhof en todos los continentes. Su trabajo, avalado por una cultura de esperanto amplia y plural, es suficiente para afirmar que Babel se puede derribar.

La historia y la ideología del esperanto me parecen fenómenos interesantes: son su lado desconocido. Las personas perciben el esperanto como la propuesta de un instrumento. No saben de la idea que lo mueve. Sería necesario dar a conocer más este aspecto (...) La mejor biografía de Zamenhof... Se la recomiendo a mis alumnos... Espero que este libro tenga la difusión que se merece. (Umberto Eco)

A la humanidad

Agradecimientos

EL ESPERANTO-LICEO DE MADRID, al publicar en español este libro, quiere agradecer a los autores, René Centassi y Henri Masson, la feliz idea de editar en francés la biografía de Luis Lázaro Zamenhof, creador de la lengua internacional esperanto. La obra se escribió concienzudamente, y las muchas felicitaciones recibidas después de la primera edición demuestran que esta biografía completa el estudio de una época en la que diversas cuestiones están por encima del problema de una lengua común.

El éxito de la edición en francés, a pesar de la muerte de René Centassi a comienzos de 1998, animó a su traducción al esperanto. La tarea fue emprendida por los esperantistas Georges Lagrange y Philippe Combot, que revisó y homogeneizó el texto. Louis Christophe Zaleski-Zamenhof, nieto del creador del esperanto, prologó y enriqueció la edición, añadiendo algunos testimonios y acertadas notas.

EL ESPERANTO-LICEO DE MADRID agradece a la editorial L'Harmattan, a la viuda de René Centassi y a Henri Masson, la cesión desinteresada de los derechos para la edición en español. La traducción al español ha sido realizada por socios del Liceo a partir de las versiones en francés y en esperanto. Con esta publicación se pretende dar a conocer al público de habla hispana la vida y la obra de un hombre que, a principios del siglo XX, cautivó a un grupo de idealistas y que aún hoy día sigue atrayendo en todo el mundo a los que apuestan por el humanismo.

El recuerdo a René Centassi vive en estas páginas y en todos los que, empezando a conocer la obra del doctor Za-

menhof, lo hacen aún más vivo.

EL ESPERANTO-LICEO DE MADRID
14 de abril de 2005.

Han hecho posible esta edición los siguientes socios de EL ESPERANTO-LICEO DE MADRID: Pedro A. Garrote, Carmen Suárez, Lupe Sanz-Bueno, José F. Platas, Darío Rodríguez, Angelita Sanz, Manolo Parra, y Alejandro Pareja.

Prólogo a la edición francesa

Un día me visitó René Centassi con el deseo de presentarme el manuscrito, escrito por él, en colaboración con Henri Masson, sobre la vida de mi abuelo. Le prometí leerlo y comentarlo.

Pero en lugar de eso, que en un principio consideré como un gesto de cortesía, lo que realmente ocurrió fue que viví un hecho excepcional que no había previsto en absoluto. El texto, ampliamente documentado, trataba de hechos sobradamente conocidos por mí, por haberlos oído muchas veces. Sin embargo, hojeándolo, me sorprendí al encontrar, no sólo una colección de anécdotas familiares, o una novela histórica, sino también una novela de acción, la de un visionario idealista; la novela de una vida, no una vida novelada. Hasta las primeras luces del amanecer no pude concluir la lectura de la historia de un hombre apasionado, escrita con pasión por dos autores comprometidos con su obra, sin ninguna intención propagandística.

Pero ¿qué significa realmente este desafío a Babel? Recordemos...

La palabra "Babel" es hoy sinónimo de maldición, ¿no se presenta la Torre de Babel como una empresa inmensa y ambiciosa para la humanidad? Empresa que no pudo alcanzar su objetivo al faltar una lengua común para todos los constructores.

El mérito de Zamenhof, padre del esperanto, fue que, desafiando al desorden lingüístico, hizo realidad su utopía. Su objetivo fue crear las condiciones necesarias para que la gran familia humana viviera en paz, en lugar de en el mun-

do actual de guerreros implacables —de diferente origen, de distinta cultura—, en un mundo en que, a pesar de todas las diferencias, cada uno entendiera y respetara al otro, mientras que la singularidad de cada individuo ayudara al enriquecimiento de toda la humanidad.

Porque el pensamiento básico de Zamenhof fue que, después de Babel, el no entenderse fue siempre la causa de todos los odios, de todas las enemistades, lo mismo entre las personas que entre los pueblos.

Una lengua comprendida por todos hubiera permitido, desde los tiempos bíblicos, construir la Torre que nos conduciría al cielo. Lamentablemente, esto no se realizó en tiempos de Zamenhof, pero en nuestra época podrían levantarse otras torres, podrían realizarse otros proyectos ambiciosos a escala mundial, si se alcanzara un consenso general. La lengua internacional inventada por mi abuelo se utilizaría como instrumento de concordia y unión.

Louis Christophe Zaleski-Zamenhof
Sceaux, julio de 1995.

P.D. añadida a la edición en esperanto: aplaudo de todo corazón la iniciativa de traducir al esperanto la bella y valiosa obra de Centassi y Masson. La lengua internacional es la forma idónea de desafiar al fracaso de Babel.

L.C.Z-Z., noviembre de 1996.

CAPÍTULO I

Babel en la Plaza del Mercado

Que exista una multitud de lenguas no es sólo un hecho, sino el hecho más inquietante del mundo.

Elias Canetti^[1]

Lázaro está inclinado sobre su cuaderno con la frente apoyada en la palma de la mano izquierda. Se afana con seriedad. Sus tres hermanas juegan en la habitación contigua, gritando, pero el muchacho no oye el ruido. Traza con esmerada caligrafía sobre el papel blanco las primeras palabras de la obra naciente: *Tragedia en cinco actos, de Lázaro Zamenhof*. Relee a media voz, satisfecho.

¿El título? No urge. Lázaro ya ha pensado varios. Lo elegirá después, cuando la intriga esté estructurada más claramente en su cabeza, cuando la obra vaya adquiriendo forma. Ahora, lo principal es el tema, la Torre de Babel, que el niño decidió hacer construir a los habitantes de la ciudad en la Plaza del Mercado de Bialystok.

El mito de Babel: Lázaro no esperó a sus diez años, ni al descubrimiento de su temprana vocación de dramaturgo, para verse fascinado por el mito. Hace ya tiempo que piensa en él: desde que la lectura de la Biblia le reveló que Yavé castigó el orgullo de los hombres con la confusión lingüística. Descubre con gran emoción que al principio todos hablaban una misma lengua y usaban unas mismas palabras.

Y que, habiéndose instalado en un ancho valle, los hombres se dijeron:

“Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Y descendió Yavé para ver la ciudad y la torre [...] y se dijo: he aquí que el pueblo es uno, y todos tienen un lenguaje; y han comenzado a obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer. Ahora pues, descendamos, y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero Así los esparció Yavé desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel^[2], porque allí confundió Yavé el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los dispersó sobre la haz de toda la Tierra.”^[3]

A pesar de su juventud, a Lázaro lo impresionó la lectura del Génesis, que leyó con su hermana Sara, un año menor que él. Los versículos sobre la Torre de Babel lo obsesionaron sin cesar. Porque, para él, Babel y su inconcluso zigurat no se encontraban en el fin del mundo: Babel estaba allí, a su lado, en su misma vida, en su ciudad natal.

La parte noroccidental de Polonia estaba dominada por los rusos desde hacía medio siglo. La ciudad de Bialystok, fundada por los boyardos en el siglo XV, atrajo poco a poco a muchas familias de nobles rusos, después magnates de la industria textil. Atravesó un período de tal brillantez que el zar Alejandro I se construyó allí una residencia de verano. Lamentablemente, al crecer su industria, el lugar acogedor se transformó en una ciudad activa pero nauseabunda, de calles embarradas y fétidas, y habitantes ensombrecidos por la tristeza, sujetos a condiciones insoportables.

A mediados del siglo XIX, Bialystok, antes llamada «el Versalles polaco», tiene ahora un nombre menos glorioso: «el Manchester del norte». Aunque soportan unos mismos sufrimientos, una misma miseria, sus 30.000 habitantes viven en un ambiente de enemistad, temor y desconfianza: Bialystok es un campo de batalla por los conflictos religiosos, étnicos y lingüísticos.

Los polacos son minoría. Unos 3000, todos católicos romanos. Los rusos y bielorrusos, ortodoxos, son 4000, y los alemanes, protestantes, 6000. Los judíos son los más numerosos, alrededor de 18.000. En Bialystok se hablan cinco idiomas: ruso —la lengua oficial— bielorruso, polaco, alemán y yidis. Y aun un sexto en la sinagoga, el hebreo. Cada comunidad se expresa en su lengua materna y rehúsa emplear otra. Toda comunicación es imposible porque cada grupo étnico y cultural se encierra en sus costumbres y en su orgullo. Las relaciones son difíciles, tensas.

Se aborrecen, se enfrentan, se persiguen, se cruzan maldiciones, insultos, piedras. En las calles, en las tiendas, estallan las peleas por el menor pretexto. Todos los días hay un concierto de insultos, de ofensas, un intercambio de imprecaciones, de disputas sin freno. Y como lengua común, los golpes. Aunque son mayoría, los judíos son el blanco de los odios. Se sea ruso, polaco o alemán, siempre se está de acuerdo si se trata de los judíos. Estos no reciben más que opresión, humillaciones y palabras denigrantes. No es raro que la gente escupa cuando pasa un judío, o que un soldado, riendo entre dientes, empuje a un anciano judío para verlo caer.

En este ambiente de odio recíproco viene al mundo Lázaro Zamenhof, en un hogar judío, el 15 de diciembre de 1859.

Sagitario en la tercera casa. Conlleva, según los astrólogos, dignidad, lealtad, lógica, idealismo, generosidad, deseo de reforma, decisión, naturaleza noble y entusiasta, ca-

pacidad para dirigir, ideas nuevas, inteligencia despierta, clara visión de futuro...

Todas estas cualidades destacarán en Lázaro durante toda su vida. Las acompañará una modestia ejemplar. Así será el fiel retrato de Zamenhof en su madurez, cuando remate su noble y audaz proyecto nacido en su corazón juvenil. Sin duda, una de las aventuras más admirables de la historia de la Humanidad.

Lázaro, hijo y nieto de profesores de idiomas, parecía destinado a seguir el camino familiar de la comunicación hablada. *"El lenguaje es siempre para mí el objeto más querido del mundo"*, escribe a un amigo francés, doce años antes de su muerte^[4].

El padre, de 22 años, es profesor. Inteligente, severo, disciplinado, Markus Zamenhof pisa firme sobre la tierra y hace del trabajo su verdadero culto. Aspira a ser estimado por su racionalismo. En realidad, su creencia en la superioridad de la razón es algo confusa. Se manifiesta principalmente en su rechazo sistemático de la práctica del judaísmo, lo que hará decir un día a Lázaro que su padre era ateo. Sus convicciones le hacen sostener que judíos y no judíos deberían fundirse en una sola comunidad. No vacila en hablar sin pasión sobre este tema con sus correligionarios. Lo escuchan, moviendo la cabeza con escepticismo y se alejan de él sin responder. Algunos, sin embargo, prueban a discutir con él: *"¡Markus! Ya sabes que eso no es posible. Cuando se es judío, se es sólo judío, y se es para siempre..."*.

Influido profundamente por la cultura rusa, Markus Zamenhof transmitió su pasión a su numerosa descendencia: tres hijas, Sara, Fania y Augusta, después el segundo varón —Félix, en 1868— y, años más tarde, cuatro niños más —Enrique, León, Alejandro e Ida—. Entre todos los idiomas, Lázaro siempre preferirá el de su educación, y de hecho es en ruso como escribe la ingenua tragedia sobre Babel, donde se refleja el sentimiento de un niño atento, senti-

mental, clarividente, que descubre desde muy joven, con el corazón encogido, el espectáculo de la sociedad humana.

Su madre, Liba Rosalía, de soltera Sofer, tiene sólo 19 años cuando alumbró a su primer hijo. Rosalía, tan sensible y modesta como seco y autoritario es su marido, se esforzará por educar a sus hijos con delicadeza y comprensión. Después de un castigo severo impuesto por el padre, ella castigará al culpable a su manera, es decir, acariciando su cabecita con los ojos llenos de lágrimas. *“Su castigo con besos era más eficaz que la mano del padre”*, dirá más tarde uno de sus hijos.

Al contrario que su esposo, Rosalía Zamenhof es profundamente religiosa. Su fe la salva en muchos momentos de soledad, lo mismo que la compañía del pequeño Lázaro al que educa en el amor al prójimo: *“Todos somos hijos de un mismo Dios”*, repite a menudo. Los ve crecer, observando las dotes de cada uno. Las hijas que pronto nacerán no le harán apartar su atención de los mayores. La simpatía del pequeño, su docilidad innata, su obediencia, le produce admiración; y algunas veces le parece excesiva. Lázaro, por su parte, adora a su madre. No sabría decir qué es lo que más le gusta de ella: si sus grandes ojos negros, o la viveza de su mirada, o su espesa cabellera en la que enreda los dedos con deleite, o su voz cálida y clara, o las palabras amorosas y valientes que sabe decir en los momentos difíciles.

Lázaro, demasiado impaciente y ávido de saber para estar inactivo, aprende en seguida a leer y escribir y, con naturalidad, se interesa por las lenguas y su diversidad. En su caso, saber cuatro idiomas a los diez años —ruso y polaco en casa y en la escuela, yidis en el barrio y hebreo en los servicios religiosos— no es nada extraordinario. Más tarde su padre le enseñará alemán y francés. Lázaro dominará sin esfuerzo la lengua de Goethe. Por el contrario, hablar la de Molière será para él una molestia: *“Leo el francés, pero lo hablo poco y mal; además, en diversas épocas estudié*

otras ocho lenguas que conozco poco y sólo en teoría^[5]". Entre ellas latín, griego, inglés y lituano.

El joven políglota Lázaro posee verdadero talento para los idiomas. Sin embargo no tiene, según dice, vocación de lingüista. Hace una confidencia a su madre: las lenguas lo atraen, pero especialmente porque sospecha que su gran número es la causa principal de desacuerdo. Posiblemente la única causa, opina Lázaro, que, naturalmente, sabe poco de la evolución de la sociedad, de la economía de los Estados, de los prejuicios raciales, de las rivalidades religiosas...

La mente despierta del muchacho descubre las barreras lingüísticas, los celos que causan, la imposible igualdad de las lenguas, en la Plaza del Mercado de Bialystok.

Lázaro va allí muy a menudo. Le gusta su vitalidad intensa. Los ruidos, los colores, los olores. El vocear de los comerciantes, el charlatanear de los tenderos, los insultos como ladridos por todas partes, todo le resulta interesante y digno de considerar, aunque algunas veces sólo oye monosílabos o exclamaciones incomprensibles. Allí todas las tiendas se parecen en sus formas, según los alimentos y mercancías que ofrecen. Pero detrás de los mostradores hay hombres que son muy distintos unos de otros. Son orgullosos, arrogantes, encerrados en su propia identidad. Lázaro observa su forma de comportarse y trata de penetrar su secreto. Los aldeanos polacos alaban la calidad de sus quesos en una lengua que su vecino, el mercader judío, intenta acallar a voz en cuello en yidis. El campesino bielorruso no quiere saber más nombres de las frutas y verduras que pregona que los que aprendió de niño en su tierra. ¿Por qué tiene que haber otros nombres? En un pasadizo, unos soldados imperiales regatean en ruso. La mayor parte de los vendedores afirman que no entienden, o quizá simulan no entender. Y cuando estalla la bronca, cuando todo se confunde, hay un batiburrillo de sonidos en el que se lanzan las peores ofensas e improperios en todas las lenguas. Sólo callan los mendigos. Tienden la mano, y nada más. El idioma

de los gestos de la miseria cede finalmente ante todas las barreras lingüísticas. ¡Cuántas cosas aprende Lázaro en la Plaza del Mercado!

¡Cuántas veces le repiten sus padres que todos los hombres son hermanos! Ahora, mirando a su alrededor, Lázaro constata que esto no es verdad:

“En la calle, a cada paso, todo me hace sentir que la humanidad no existe”, escribió en 1896 a su corresponsal ruso Nikolay Afrikanóvich Borovko^[6]. “Sólo existen rusos, polacos, alemanes, judíos, etc. Esto siempre atormentó mi alma de niño, aunque es posible que a alguno le provoque una sonrisa ese «dolor por el mundo» en un niño. Porque entonces me parecía que los adultos poseían alguna fuerza todopoderosa, me dije que, cuando fuera mayor, sin lugar a dudas, haría olvidar este mal”.

El mal de la división y de la enemistad. Nadie puede sufrir más acusadamente esta división de la humanidad que el niño de un barrio judío: *“Nadie puede sentir con tanta fuerza la necesidad de un idioma supranacional y neutral, como un judío que está obligado a rezar a Dios en una lengua muerta hace tiempo y que, sin embargo, recibe su educación y su enseñanza en el idioma del pueblo que lo rechaza, ese judío que padece lo mismo que otros muchos compañeros en otros lugares del mundo y que sin embargo no puede entenderse con ellos...”* se lee en una carta de Lázaro Zamenhof al abogado Alfred Michaux en febrero de 1905. Su estirpe judía es *“la causa principal por la que [él] desde su más tierna infancia lo dejó todo por una idea y un sueño: el sueño de la unidad de la humanidad”*. Entonces el muchacho comienza a soñar con *“ese tiempo feliz, cuando desaparezcan todos los odios nacionales, cuando exista una lengua y un país al que pertenezcan por pleno derecho*

todos sus hablantes y habitantes, cuando los hombres empiecen a entenderse y a amarse los unos a los otros". El idealismo empieza a despuntar en este sentimiento infantil. Brotan preguntas sin respuesta en sus pensamientos. Unir a la humanidad. Sí, claro, pero ¿cómo?... ¿Que todos los hombres se amen? Sin duda, pero ¿cómo hacerlo?... ¿Empuñando un bordón de peregrino y predicando la buena nueva de plaza en plaza? Pero ¿dónde encontrar con certeza la palabra verdadera, cuando las lecciones de la vida cotidiana parecen tan confusas, tan oscuras? Además, está esa pregunta que acaba de aparecer en su mente, pregunta que el querido tío José se plantea con tristeza: ¿las religiones no dividen a los hombres lo mismo que los idiomas? ¡Qué largo y difícil es el tiempo en el que el muchacho pasa de la inocencia impaciente a la madurez reflexiva!

Lázaro hereda de la educación paterna la afición al orden y al trabajo. De su madre aprende que la vida humana no puede construirse al margen del amor, y sin una profunda compasión hacia la desgracia de los otros. La casa familiar crea en él una fibra apretada y vibrante, que hará de él un muchacho voluntarioso, noble y de buen corazón.

Mientras tanto, el hijo mayor de la familia Zamenhof hace lo que muchos chicos de su edad: juega como un malabarista con las palabras, con los idiomas, inviniendo las sílabas, hablando con sus amigos por medio de códigos secretos.

Inconscientemente, Lázaro prepara su futuro con estos ejercicios lúdicos. No sospecha que un simple juego escolar sienta en él las bases para una gimnasia mental con la que pronto trabajará su lógica. Durante uno o dos años, el joven Lázaro se abandona a esa manía inofensiva, sin ocultarlo. Sus estudios no se resienten de ello. Por otra parte, Markus Zamenhof no lo toleraría. Lázaro es —y continuará siendo— el primero de su clase. Modelar las palabras como desea, amasarlas, deshacerlas, romperlas a hachazos, tritu-